

Bañistas de Antaño

CADA vez que en los últimos tiempos, al llegar esta época del año, comienzan a arreciar los rigores caniculares, recordamos aquella época de nuestra niñez y también de nuestra juventud en que el litoral habanero, desde Santa Fe a Guanabo carecía de esa profusión de playas, clubs y balnearios que brindan al capitalino la fresca oportunidad de zambullirse, por lo menos cuatro veces a la semana—sábado, domingo y los martes y jueves de la jornada veraniega—en las azules y caldeadas aguas del golfo mexicano.

Solamente la Playa del Chivo, verdadera playa natural pero de difícil acceso y con alusiones un poco mortificantes para los que la visitaban y la Playa de Marianao, una caleta rocosa, pues la arena fué llevada después a dicho lugar cuando consumada la concesión a Cortina y Céspedes se construyó el balneario "La Concha", eran las expansiones únicas para los achicharrados vecinos de esta ciudad que querían gustar la sensación de un día de playa, como tenían noticias que se disfrutaba en San Sebastián, en Ostende, en Biarritz o en Coney Island.

Cierto es que para poder arribar a tal remanso marianense el recorrido entrañaba no pocas dificultades. Primeramente tenía que ser en coche, a través de un viejo camino; más tarde en tranvías de la línea U-4 y poco después, valiéndose de los trenes llamados de Zanja, porque salían de la esquina que forman dicha calle y la calzada de Galiano y luego de atravesar una parte de la ciudad, se detenían en los paraderos de Concha, Domínguez, Tulipán, Cerro, Puentes Grandes, Ceiba, Pogolotti, Redención y Los Quemados en cuyo lugar se efectuaban dos trasbordos: uno para los que iban al Hipódromo y otro destinado a los que se dirigían a la Playa.

★ ★ ★

Fué la construcción de la lujosa Quinta Avenida la que acortó la distancia con el fres-

Por
Carlos Robreño

co rincón marianense donde se alzaba el legendario casón de madera que se ofrecía como sede del histórico "Habana Yacht Club".

Ya entonces se habían dado a la tarea de convertir aquel pedazo de costa en playa artificial bajo la administración del infatigable Fausto Campuzano, desapareciendo aquellos dos balnearios improvisados que se llamaban "Tuero" y "Las Delicias".

A la Playa de Marianao comenzó a ir desde tal instante más público, pero público divertido. Hombres, sin embargo, pudibundos que se atrevían a introducirse en el agua enfundados en trusa con camisetitas de media manga y pantalones que bajaban hasta la rodilla, mientras las mujeres, en su mayor parte de vida alegre, ocultaban su alegría y sus buenas formas dentro de unos trajes de baño en grados por tupidas medias largas, pantalones de bombachos y una sayita encima, blusa de marinera con sus mangas hasta los codos y un gorro bien ceñido a la cabeza.

¡Cómo se reiría una moderna nereida de hoy—bikini e italian boy—ante la fotografía luciendo tal vestimenta de la pobre abuelita que desde luego no iba a la Playa de Marianao, pero que también usaba semejantes prendas para ir muy de mañana, con sus familiares, a

los reservados de "El Progreso", "Las Playas" o los baños de "Carneado" en el litoral del Vedado!

¡Y qué voces de terror procedentes de dichos reservados se escuchaban, cuando frente a ellos, por el mar, cerca de la orilla, cruzaba alguna pequeña embarcación tripulada por algún rascabuheador marítimo!

Esos balnearios de pobre aspecto, contruidos con rústicos tablones, se hallaban divididos en dos secciones. La promiscuidad de bañistas de sexos opuestos se consideraba como algo hartamente pecaminoso y ni el novio, ni aun el esposo podía disfrutar del placer de darse un chapuzón contemplando de cerca los ojos del ser amado.

Para tales expansiones, en esos lugares había un pequeño espacio, como una terraza con balcón hacia el mar, donde los domingos por la mañana se hacía música—orquestas de Manolo o Rogelio Barba y de Corman—y en amena charla, donde no florecía desde luego, el cuento picante y la anécdota escabrosa de épocas posteriores, jóvenes y muchachas veían cruzar inocentemente el tiempo hasta llegar la hora del almuerzo, en que se iniciaba el desfile y la pequeña guagüita tirada por un mulo cansino transportaba a aquella pléyade juvenil hasta la calle Línea, donde la mayor parte tomaría el tranvía de regreso a su domicilio.

No han transcurrido tantos años desde entonces y sin embargo, ¡qué lejos se nos antoja aquella época de los bañistas pudorosamente cubiertos de ésta en que una novia puede pelearse con su elegido, desde mucho antes de la boda, porque un día en la playa descubrió que tenía el ombligo muy feo!

Y no criticamos las modernas costumbres. Solamente las hemos comparado con las de antaño, porque aquí, inter nos, sinceramente habríamos deseado que tales modas playeras se hubiesen adelantado un poco o nuestra aparición sobre la faz de la tierra hubiera demorado algunos lustros, aunque corriésemos el riesgo de que una hermosa bañista nos echase en cara algún día la falta de belleza estética de nuestro adorno umbilical.